

brará de Pontifical el Ilmo. Sr. Dr. D. Eulogio Gillow, y predicará el Ilmo. Sr. Dr. D. Perfecto Amézquita.

Día 10.—Función de la Mitra de Guadalajara. Pontificará el Ilmo. Sr. Dr. D. Ignacio Diaz; y predicará el Sr. Prebendado de la Catedral de la misma Dr. D. Pedro Romero.

Día 11.—Función de la Mitra de Morelia. Celebrará de Pontifical y predicará el Ilmo. Sr. Dr. D. Ignacio Arciga.

Visperas solemnes presididas por el Ilmo. Sr. Arzobispo de Mexico.

Día 12.—Solemne Coronación de la Milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. Celebrará de Pontifical el Ilmo. Sr. Dr. D. Próspero María Alarcón; y predicará en la tarde el Ilmo. Sr. Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, dignísimo Obispo de Yucatán.

Día 13.—Función de la Mitra de Querétaro. Pontificará el Ilmo. Sr. Dr. D. Rafael S. Camacho y predicará en la mañana, después de la Misa, el Ilmo. Sr. Dr. D. Ramón Ibarra. En la tarde habrá sermón en francés por el Ilmo. Sr. Beguin, Arzobispo Coadjutor del Emmo. Sr. Cardenal Taschereau.

Día 14.—Función de la Mitra de León en la que pontificará el Ilmo. Sr. Obispo de la misma Dr. D. Tomás Barón y predicará el Pbro. D. Ponciano Pérez.

Día 15.—Función de la Mitra de Tulancingo, celebrando de Pontifical su propio Obispo el Ilmo. Sr. D. José M. Armas y predicará el Sr. Secretario de la Mitra D. Francisco Campos.

Día 16.—Función de la Mitra de Veracruz en la que pontificará y predicará el Ilmo. Sr. Obispo de la misma Dr. D. Joaquín Arcadio Pagaza.

Día 17.—Función de la Mitra de Chilapa. Celebrará de Pontifical el Ilmo. Sr. Dr. D. Ramón Ibarra.

Día 18.—Función de la Mitra de Cuernavaca. Pontificará el Ilmo. Sr. D. Fortino H. Vera.

Día 19.—Función de la Mitra de Tehuantepec. Pontificará el Ilmo. Sr. Obispo de la misma, y predicará el Dr. D. José M. Méndez.

Día 20.—Señores Párrocos y Clero de la Ciudad. Se dignará celebrar de Pontifical el Ilmo. Sr. Arzobispo de México y predicará el Sr. Pbro. Dr. D. Antonio J. Paredes.

Día 21.—Orden de Predicadores y Cofradía del Rosario.

Día 22.—Orden Seráfica con los Terceros.

Día 23.—Orden Carmelita, Terceros y Archicofradía.

Día 24.—Agustinos y Mercedarios con la Asociación de Nuestra Señora de las Mercedes.

Día 25.—Congregación de la Misión, Señoras de la Caridad y Asociaciones de Hijas de María.

Día 26.—Congregación del Oratorio.

Día 27.—Compañía de Jesús y Asociaciones que dirige.

Día 28.—Misioneros Josefinos y Asociaciones.

Día 29.—Salesianos y Cooperadores.

Día 30.—Pasionistas y Señoras de la Ciudad de México.

Día 31.—Congregación de Misioneros del Purísimo Corazón de María y Asociaciones que dirige.

México, Septiembre 27 de 1895.—Antonio J. Paredes."

CAPITULO XXIV

La solemne Coronación de la Santa Imagen.

CONSAGRACIÓN DE LA COLEGIATA.—DESCRIPCIÓN DE LA PRECIOSA CORONA.—EN NOMBRE DE LEÓN XIII EL ARZOBISPO DE MÉXICO CORONA LA TAUMATURGA IMAGEN DE LA PATRONA, REINA Y MADRE DE LOS MEXICANOS.

I

No esperen nuestros lectores una minuciosa descripción de las angustas ceremonias con que la Iglesia hace la consagración de los templos, destinados á tributar á Dios el culto litúrgico y solemne que le debemos. Nos contentamos con unos apuntes históricos como los exige la índole de la Obra.

La consagración ó solemne Dedicación del Templo, una de las más imponentes ceremonias de la Iglesia, contiene dos partes principales, y son: la bendición del pavimento y muros del Templo, y

la consagración del Altar ó Altares que en él hubieren. Las simbólicas y místicas acciones, con que la Iglesia despliega en esta ocasión toda la majestad de su Rito, como que son muchas y todas van acompañadas de cantos, de salmos y oraciones, no pueden menos de ocupar largo espacio de tiempo. Y sea por esta razón, sea porque la consagración del templo fuese más solemne é imponente, el Señor Arzobispo de México consiguó del Sumo Pontífice León XIII que la consagración de los doce Altares, que hay actualmente en la Colegiata, se hiciera por doce Obispos de la Nación, consagrando cada uno de ellos al mismo tiempo uno de los altares. Consiguó también que la Consagración, que según el Pontifical Romano debería hacerse en los días de Domingo ó en las fiestas solemnes de los Santos, se cumpliera el Martes, día primero de Octubre; y fuese como principio de las fiestas, que durante todo el mes se celebrarían en honor de la Patrona, Reina y Madre de los Mexicanos en su Santuario ya litúrgicamente consagrado y dedicado á la memoria de sus Apariciones.

En todo se observó con escrupulosa exactitud lo prevenido en el Pontifical Romano; y para ello, á más de un Maestro general de Ceremonias se le asignó á cada Obispo un Maestro particular de ellas con los Ministros y Acólitos que fueron invitados de ocho Parrroquias y cuatro Iglesias principales de la Capital.

Mientras el Arzobispo iba acabando la Consagración del templo, los Obispos que debían consagrar los Altares, se presentaron en el atrio, revestidos de todos los ornamentos Pontificales y acompañados cada uno de sus respectivos Ministros, Maestro de Ceremonias y Acólitos. Abierta la puerta del templo (quedando empero cerradas las de la reja del atrio) y recibidos los Prelados por el Arzobispo, ordenóse luego la Procesión del modo siguiente: Abrían la Procesión los Acólitos con cruz alta y ciriales; después seguían el clero de la Metropolitana y de la Colegiata, los Sacerdotes que llevaban las Reliquias que debían depositarse en los Altares que iban á consagrarse y el turiferario que continuamente los incensaba. Luego, según lo prescriben las Decretales (*Tít. de Maioritate et obedientia*), cada uno con sus asistentes, seguían los Obispos; de Cuernavaca, Saltillo, Tehuantepec, Tepic, Colima, Chilapa, Chihuahua, Querétaro, Zacatecas, León, el Arzobispo de Michoacán y el Arzobispo de México.

La Procesión recorrió la nave de la Epístola, pasó delante del Altar Mayor, siguió por la nave del Evangelio y entró por la nave de en medio. Al llegar al Altar Mayor, cada uno de los Obispos con sus asistentes se dirigió al Altar que se le había asignado, y empezó inmediata y simultáneamente la conmovedora ceremonia de la consagración de los Altares, siendo el Arzobispo de México el que consagró el Altar Mayor.

Concluida la consagración de los Altares, los Obispos, rodeados de todo el Clero, tomaron asiento frente á la Cripta, delante de la Santa Imagen que permanecía cubierta. Se abrió la puerta del atrio, entraron los muchos fieles que estaban esperando, y cuando ya todos en medio de un religioso silencio estaban pendientes de lo que iba á hacerse, "á las once y cuarenta y nueve del día" como dicen las Actas de la Consagración del Templo, el Arzobispo de México tiró de un cordón y se abrió la cortina con que estaba cubierta la Santa Imagen. De repente los Prelados y Sacerdotes, los fieles todos se postran de rodillas; del fondo de todos los corazones salieron voces de alabanzas á la tierna Madre de los Mexicanos; el órgano principal llenó el templo con sus melodiosas notas; y un repique á vuelo de todas las campanas de la Colegiata anunció á la Villa que ya la Reina estaba visible en su Trono.

Poco después el Sr. Arzobispo Alarcón empezó la Misa rezada en el Altar Mayor, y algunos de los Obispos y otros sacerdotes celebraron la Misa en los otros altares.

Desde luego empezaron las imponentes manifestaciones de toda la Nación Mexicana; porque en el día que tocaba el turno de la Función á cada Diócesis, como se dijo en el Capitulo antecedente, numerosas peregrinaciones, llegadas de los puntos más distantes de la Capital, asistían en ese día á la Función, dejando cuantiosos donativos, sea en dinero, sea en ricos estandartes y ornamentos de Iglesia, y aun en cantidad de aromáticas flores, ofrecidas á la que entre flores milagrosas nos dejó en prenda de su amor su Imagen celestial, "que dura tres siglos y vuelve á empezar."

Por mencionar algunas de estas Peregrinaciones, la Diócesis de San Luis Potosí, que en los años antecedentes no había podido seguir el ejemplo de las otras Diócesis, inauguró en este año su primera Peregrinación al Santuario el día 3 de Octubre. Mil y doscientos fueron los Peregrinos que vinieron de San Luis Potosí; á

los que hay que añadir como unas quinientas personas de aquel Estado, que radicadas en la ciudad de México se reunieron á la Romería diocesana. Un riquísimo estandarte, de gro moiré, todo bordado de oro, quedó en la Colegiata como perpetua memoria de la "Peregrinación de San Luis Potosí, 3 Octubre de 1895," como se leía en letras de oro puestas en el estandarte. Trajeron también los Potosinos para el Altar principal de la Cripta, una primorosa y bien acabada escultura de la Virgen de Guadalupe. La Imagen está entallada en madera y mide cincuenta y dos centímetros de alto; es obra de mérito, debida á un artista potosino.

La Peregrinación de Puebla de los Angeles celebró su función el día 6 de Octubre. Según los informes adquiridos la Peregrinación componíase como de mil personas de lo mejor de Puebla, y se dividía en treinta y ocho ó cuarenta grupos, cuantas eran las Asociaciones. Cada Asociación llevaba su estandarte; y todos los Romeros vestían de negro, lo mismo que las señoritas, llevando sobre el pecho los distintivos de la Asociación á que pertenecían. Como recuerdo de este día los Peregrinos depositaron en el Altar Mayor de la Colegiata su estandarte primorosamente bordado de oro con la inscripción "La Diócesis de Puebla de los Angeles á Santa María de Guadalupe en el día de su Coronación, año de 1895."

Las Peregrinaciones de las Diócesis muy lejanas de la Capital, como por ejemplo, Durango, Chihuahua, Chiapas, Chilapa, Sonora, Sinaloa y Tehuantepec, no pudieron ser muy numerosas, como es de suponer: pero sí compuestas de todas las clases sociales, en representación de los que no podían venir. Todas estas Peregrinaciones dejaron en nombre de sus respectivas Diócesis sus preciosos estandartes en el Santuario.

También es de notar el ardor de la fe que mostraron muchos peregrinos, que emprendieron á pie su Romería desde muy lejos: así los de Querétaro, en número de seiscientos, presididos por el Sr. Canónigo Rosas, hicieron siete días de camino. Muchos más días emplearon los de Chilapa; y la Peregrinación de la Diócesis de Chiapas, apenas si pudo llegar el día 12, viniendo á pie desde Chiapas muchas personas. El mismo Obispo de Chiapas tuvo que hacer cuarenta y un días de camino para llegar á celebrar su función del día 4 de Octubre. Lo que llamó más la atención fué la Peregrinación de la más lejana y recién formada Diócesis de Te-

huantepec: pues vinieron más de cuatrocientos Peregrinos de las familias más distinguidas, y con ellos muchos indios, con sus ricos y pintorescos trajes.

Hay que advertir finalmente, que en las Funciones Pontificales, además del Obispo celebrante, asistían otros Obispos mexicanos y extranjeros: y el día 9 de Octubre, además del Pontifical de turno de la Arquidiócesis de Oaxaca, el Arzobispo de Santa Fe, Nuevo México, á las siete y media de la mañana celebró otra Misa Pontifical para cumplir con los deseos de sus diocesanos y hermanos nuestros de Nuevo México, ardentísimos devotos de "su amada Madre la Virgen de Guadalupe."

II

Vamos á dar la descripción de la Corona verdaderamente Imperial, como nos la dió su artífice Edgar Morgan, joyero parisiense, y añadiremos algunos pormenores que se nos dieron por personas fidedignas. La descripción hecha por el joyero Morgan, hállase en el "Album de la Coronación." (Págs. 124-127.)

La Corona que se ofrecería á la Soberana Patrona y Madre de los Mexicanos, debía ser no sólo la más rica y preciosa que fuese posible, sino que en su preciosidad debía representar también un símbolo y una señal, que fuesen más preciosos aún por su sobrenatural significado. La *Señal* consistía en que el oro, la plata, las piedras preciosas de que se compondría la corona, fuesen un dón de los amantes hijos como muestra de homenaje filial á su tierna Madre. El *Símbolo* consistía en que esta Corona representase con figuras alegóricas la Iglesia mexicana dividida en sus Diócesis, como un perpetuo testimonio de la esperanza que abriga la Nación entera de ser poderosamente amparada por su Patrona, Reina y Madre. Para lo primero, bastó que el Pbro. Plancarte manifestase este proyecto para que entre doce señoras de las principales familias de la Capital se reuniese en breve tiempo y con abundancia lo que se calculaba podría servir para el efecto. Persona fidedigna me aseguró que á más de mil llegaron las piedras preciosas de diversas especies y tamaño, ofrecidas por las afortunadas señoras cuyos

nombres pueden leerse en el Album ya citado, página 194, y en la Inscripción puesta sobre la puerta del Oriente en el Santuario, entre los treinta y cuatro "Bienhechores insignes." Para lo segundo, á saber, para la perfecta ejecución del plan, hubo no pocas dificultades por los muchos proyectos y diseños que plateros mexicanos y extranjeros presentaron al Sr. Plancarte. Cinco de estos diseños son reproducidos en el Album, páginas 123-125; y aunque no dejan de tener su mérito, no expresan empero clara y distintamente la idea simbólica que debería campea en la Corona. Para salir del mal paso y proceder con acierto, el Sr. Plancarte determinó marchar á Paris y proponer su plan al más renombrado artista, que por personas inteligentes le fuese señalado. Nómbráronle al joyero Edgar Morgan, calle de la Paz, (Rue de la Paix) núm 17; y el noble artífice, oído el plan del Sr. Plancarte, contestó: "Nunca jamás en mi vida he pensado que pudiera caberme el honor de labrar una Corona á la Madre de Dios! Agradezco á Vd. este favor, y pondré todo el empeño en que la obra salga lo mejor que pueda, y la Nación mexicana que es la que ofrece esta Corona, no quede descontenta de mi trabajo." Y lo cumplió á maravilla: pues esta Corona, como obra artística, no tiene rival en el Nuevo Mundo, y aun se juzgó por peritos haber sobrepujado á la famosa de Carlo Magno en Europa.

A la verdad quien examine con alguna atención la Corona, ó por lo menos se fije en los pormenores que vamos á dar, tendrá que reconocer que verdaderamente es obra maestra en su género, y que no es mucha la cantidad de ochenta mil francos, (treinta mil pesos, por el cambio) que se le pagaron al Sr. Morgan por su obra, en la cual trabajó como dos años; gastándose quinientos pesos más en estuche, flete, aduana, comisiones, etc.

La Corona pesa una arroba y cuatro libras, esto es, veintinueve libras castellanas de á diez y seis onzas por libra; tiene de alto sesenta y dos centímetros, la circunferencia de la diadema es de noventa y cuatro centímetros y la parte más saliente de la Cúpula mide un metro y treinta centímetros. El valor intrínseco de la Corona, según personas inteligentes, es como de *ochenta y cinco mil pesos*; otros suponen algo más; otros mucho menos.

Se compone la Corona de cuatro partes y son: la Diadema ó base, el Cuerpo, la Cúpula y en fin, el Remate.

La Diadema ó base en lo exterior, está formada por veintidós medallones, donde están pintados sobre oro, y con esmalte de Limoges, ramos de rosas, todas diversas; abajo de ellas, en letras esmaltadas, se leen los nombres de veintidós Obispos, (los que existían cuando se mandó labrar la Corona: después se han erigido los Obispos de Chihuahua, Saltillo, Tepic, Tehuantepec, Cuernavaca, y Campeche). Arriba de ellos hay cincuenta y dos estrellas, formadas con diamantes, y entre los medallones hay engastadas unas hermosas esmeraldas. Estos medallones tienen arriba y abajo molduras esmaltadas y embutidas sobre el oro.

En la parte plana ó inferior de la diadema, es decir, en lo ancho ó espesor, se cuentan veintidós ángeles de relieve, cincelados y esmaltados, alternando con estrellas y otros adornos con diamantes.

El Cuerpo ó sea lo que descansa sobre la base ó diadema está formado de seis escudos, que son los escudos de Armas de los Arzobispos, y de seis ángeles que representan las seis Provincias eclesiásticas de México. Los escudos, hechos de esmalte de Limoges sobre el oro, están circunvalados con diamantitos; después unos cuadros ovalados adornados con esmaltes embutidos sobre el oro, y tienen su respectiva moldura de relieve, cincelada con mucho estudio; lo cual produce una vista agradable y hace que resalte más y más su riqueza. Están los escudos unidos entre sí por medio de seis ángeles de relieve, con las alas desplegadas y esmaltadas desde el rojo hasta el blanco. Sus túnicas están esmaltadas de un color azul muy fino; las aureolas brillan por estar cercadas de diamantes. Los ángeles nacen de una rosa, refiriéndose alegóricamente á las rosas milagrosas de la Historia de la Aparición.

La Cúpula se forma de dos secciones: seis fajas verticales de rosas de oro de distintos colores, y seis de estrellas de diamantes: los distintos colores de las rosas de oro provienen de las diversas minas, de donde se tomó, por ejemplo, minas de California, de Zacatecas, de Potosí, y otras. Corresponden estas fajas á la parte superior de los escudos Arzobispales: cada una se compone de ramos de rosas de oro, realizadas y cinceladas, y dentro de unos marcos con molduras realizadas y cubiertas de diamantes, nacen los ramos de una flor de lis, en cuyo centro hay un ametista engastado; y siendo las rosas en tanta cantidad, no hay una sin embargo que se parezca ó sea igual á la otra; pues parece que el artista, de intento,

estudió en algún plantel de rosas todo el procedimiento de crecer de estas flores, desde el botón hasta el completo desarrollo. El Ilmo. Sr. J. M. Farley, Coadjutor del Arzobispo de New York, en una Relación que hizo de las Fiestas que él mismo presenció en México, escribe que el artifice apostó que entregaría ochenta mil francos á quien descubriese dos rosas ú hojas iguales en toda la corona: (*The maker offered 80,000 francs to any one who will discover two roses or leaves alike in the whole of the work. The Seminary. Vol. IV, núm. 3. December, 1895.*)

Siete estrellas formadas por brillantes componen cada una de las seis fajas que corresponden á la parte superior de los ángeles; la magnitud ó tamaño de las estrellas es proporcional á la curva de la Cúpula.

El *Remate* está formado de una moldura circular que representa un conjunto de hojas cinceladas, llenas de diamantes, rubies y zafiros engastados. Sobre esta moldura descansa el globo terráqueo esmaltado, y en él se ven ambas Américas y con particularidad á México. En el punto del globo junto á México, se levanta una cruz adornada con diamantes, y como apoyada en la cruz reposa el águila heráldica de México, para significar que la Nación Mexicana nada tendrá que temer mientras estuviere bajo la sombra de la Cruz y la protección de su Patrona, Reina y Madre, la Virgen aparecida en el Tepeyac.

Esta corona es de plata dorada, excepto lo siguiente: en la Diadema, las molduras y los medallones de las rosas; en el Cuerpo, los medallones y sus marcos; y en la Cúpula, los ramos de rosas de las dos secciones.

Pero, una corona tan rica y tan primorosamente labrada no convenia que estuviere expuesta todos los días á la acción del clima, que por abundar de salitre y humedad, la habria en breve deteriorado. Así pues, para que la preciosa corona no sufriese menoscabo, doce nobles jovencitas, huérfanas de madre, costearon otra corona menos preciosa, que en lugar de la primera, estuviere colocada sobre la Santa Imagen. Esta corona *fac-simile*, hecha en el taller de Joyería de Diener en México, es toda de plata, y de forma esférica, mide sesenta y nueve centímetros de altura, y en su mayor circunferencia, es de un metro y treinta y cinco centímetros; su valor intrínseco es de más de dos mil pesos, y fué labrada en tres meses

y veinte días, trabajando sus constructores todo este tiempo por las noches.

Los nombres de estas beneméritas señoritas pueden leerse en el periódico *El Tiempo*, número de 24 de Octubre de este mismo año de 1895.

III

Llegó al fin el Sábado, 12 de Octubre *Día Feliz* de los mexicanos. Si en los días precedentes se había notado en la Capital y en el Santuario, mucha animación y grande concurso, lo fué mucho más en este día. Parecía que el espíritu de Dios excitaba y movía á tanta muchedumbre para que tributasen nuevos y siempre nuevos obsequios á su Santísima Madre, la cual iba á ser litúrgica y solemnemente coronada en nombre del Pontífice Romano, como Reina de los mexicanos.

No todos los cuarenta y cinco Prelados, entre extranjeros y nacionales, mencionados en el Capitulo antecedente, pudieron efectivamente, como lo habían avisado por cartas, asistir á la Coronación. De las "Actas de la Coronación" consta que, entre extranjeros y nacionales asistieron treinta y ocho Prelados: á saber, diez Arzobispos y veintiocho Obispos. Los Prelados extranjeros que tuvieron la bondad de honrar á la Virgen de los mexicanos, fueron por todos diecisiete: catorce de los Estados Unidos del Norte, uno de Quebec, en el Canadá inglés, otro de Santiago de Cuba, en la Habana, nombrado por la Reina Regente de España como Representante del Clero español, y otro de Panamá en la República de Colombia.

Pero aunque en las Actas mencionadas, como las imprimió *El Tiempo* en su número de 24 de Octubre, no se lee el nombre del Arzobispo de Santa Fe, Nuevo México, consta, sin embargo, que vino á la Función, que celebró de Pontifical el día 8 de Octubre, y que fué el primero en proponer el proyecto de que la Virgen del Tepeyac fuese proclamada solemnemente como *Patrona de las Américas*. Algo más se dirá después.

De los Prelados mexicanos asistieron veintiuno; y no pudieron asistir seis y fueron el anciano Arzobispo de Guadalajara de ochenta

ta años y nueve meses de edad; el Obispo de Mérida, Yucatán, destinado para predicar el sermón de la Coronación, pero detenido en el camino por una peligrosa enfermedad; el Obispo de Tamaulipas, que acabado de celebrar la Misa Pontifical en la Función del Arzobispado de Linares, tuvo que regresar á su Diócesis; los Obispos de Zamora y San Luis Potosí, y en fin el santo Obispo de Sonora, Dr. D. Herculano López, el cual en la tierna "Deprecación á Nuestra Excelsa Patrona" (Album de la Coronación, pág. 181) le manifiesta así sus penas: "Reina, Madre y Señora de los Mexicanos! no imputéis á desamor la ausencia del Obispo de Sonora en esta solemnisísima ocasión, en que casi todo el Episcopado Mexicano se halla presente en vuestro augusto Santuario del Tepeyac con el fin de coronaros en vuestra preciosa Imagen, pintada en humilde y tosco lienzo por el dedo del Omnipotente. Mis deseos han sido grandes, y mayores mis angustias al ver que la enorme distancia, que me separa de la Capital y de Vuestro Imperio, las enfermedades que me aquejan y la penuria de sacerdotes, me impiden hacer esta peregrinación que sería gratisísima para mi corazón. Pero aunque ausente con el cuerpo, estoy presente con el espíritu... oh Madre! oh Reina! oh Señora! tened compasión de todo el pueblo mexicano."

Según el Ilmo. Farley, arriba mencionado, estuvieron presentes también á la Coronación como unos cien presbíteros, y entre los fieles que pudieron entrar en el Santuario y los que se quedaron afuera á su alrededor en el atrio y en la plaza, fueron cincuenta mil, que llegaron de todas partes de México y de otros Estados: *hundreds of priests and fifty thousand of the laity from all parts of Mexico, as well as from the States on the morning of October 12 th.* (Pág. 47.)

Permitásenos ahora una observación: en el Tomo IX de los "Anales de Notre Dame de Lourdes," pág. 77, leemos que en la solemne Coronación de la estatua de la Virgen de Lourdes, el día 3 de Julio de 1876 asistieron "treinta y cinco Obispos, tres mil presbíteros y cien mil fieles;" entre los Obispos mencionados, "siete Obispos extranjeros vinieron espontáneamente á reunirse con el Episcopado francés." Pues bien, en Francia, en donde las distancias no son tan grandes, los medios de viajar son más fáciles, los Obispos y sacerdotes son más numerosos, y la población no baja de treinta y ocho

millones, para la Coronación de la Inmaculada en Lourdes hubo el número de Obispos y fieles que acabamos de mencionar; mientras en México, en donde las distancias son verdaderamente enormes, muy escasos los medios de transporte, en menor número los Obispos y sacerdotes, y la población llega á lo sumo á doce millones, con todo esto asistieron á la Coronación de la Virgen del Tepeyac, con cincuenta mil fieles, treinta y ocho Obispos de los cuales diecisiete fueron extranjeros. Y si más lo apuramos, podemos con toda verdad afirmar que más de cuarenta fueron los Obispos que vinieron para las Funciones de la Coronación; porque como lo hemos advertido, á los treinta y ocho Obispos hay que añadir el Arzobispo de Santa Fe, Nuevo México, y el Obispo de Tamaulipas; y según escribió el Pbro. Plancarte, con fecha, Febrero 12 de 1896, "los Obispos extranjeros fueron 22."

En verdad es sorprendente tanto número y claramente se ve la mano de Dios que dispuso honrar de este modo á su Madre, que desde la cumbre del Tepeyac se había manifestado la poderosa Patrona y tierna Madre de los mexicanos.

Fué un feliz pensamiento del Obispo de Chilapa, que por cada una de las Diócesis, ó bien Estados de la República, se invitase uno de clase indígena, para que asistiese como representante de ella á la Coronación. Y muy bien pensado, de veras: pues *por* los Indios y *para* los Indios se apareció principalmente la Virgen en semblante de noble Indita, ó como ellos la llaman "*Cihuapiltzin Tonantzin, To axcatzin Teonantzin*. Noble Indita, nuestra madre: es propia nuestra la Madre de Dios." Veintiocho, pues, fueron los Inditos, todos vestidos de sus trajes antiguos: por su aspecto revelaban ser de pura raza indígena; los había de toda edad, ancianos, hombres maduros y jóvenes. Se les asignó en el Santuario un lugar distinguido: cada uno llevaba prendida en su ayate una Imagen Guadalupeana del tamaño de una tercia, con el nombre de la Diócesis, en la parte superior.

El nuevo Presbiterio, por más que fuese bastante para las funciones ordinarias del Clero, no podía bastar en esta solemnidad tan extraordinaria á tantos Prelados y Sacerdotes. Se dispuso por tanto que debajo del Presbiterio inmediatamente de frente al Altar Mayor y á los pies de la Virgen, sobre una riquísima alfombra, se colocasen dos filas de asientos en forma semicircular para los Ilmos.

Obispos. Consistían los asientos en sillones de terciopelo rojo con un tarjetón en que se leía el nombre de cada Prelado, y á los pies de cada asiento había un rico cojín, también de terciopelo rojo. Para los Canónigos de la Metropolitana y de la Colegiata y para otros Sacerdotes se habían dispuesto también asientos muy decentes y muy propios para tanta solemnidad. Dígase lo mismo de los asientos preparados para los Bienhechores de las obras de la Colegiata, para las señoras que costearon la corona de oro, para las señoritas que hicieron labrar en plata otra corona semejante, y para las otras personas invitadas.

Unos Sacerdotes y Caballeros distinguidos recibieron á los que llegaban al templo y conducíanlos á sus respectivos asientos. El Presidente de la República, General Porfirio Díaz, al cual debe la Nación la paz que disfruta, teniendo que guardar el luto por la muerte de su suegro, acontecida el día 3 de este mes, no pudo asistir á la Coronación, pero sí dió formal encargo al Prefecto y Jefe Político de la Villa para que fuese su Representante en esta función verdaderamente nacional.

La pequeña Villa de Guadalupe, nacida de las Apariciones de la Virgen en el cerro inmediato, en este día manifestábase llena de entusiasmo y toda engalanada. Elegante y vistoso era el aspecto que á primera vista presentaba á los que llegaban en los trenes de los Ferrocarriles del Distrito. Todas las casas, sin excepción, así un testigo de vista, se encontraban adornadas con más ó menos gusto y riqueza de adornos, resultando de su conjunto un hermoso aspecto. Cerca del puente, construido sobre el río que corre á la entrada de la Plaza principal, se había levantado un grande arco triunfal formado con ramajes verdes y flores naturales. La Cruz, símbolo sagrado del Cristianismo, y las armas de la Iglesia, colocadas en la parte superior del Arco Triunfal, avisaba al que entraba el carácter religioso de la Función.

“Pero, escribe el mencionado Ilmo. Farley, lo que llamaba la atención de todo extranjero al llegar á la Villa, era el orden y la compostura, (*decorum*) que dominaba, por decirlo así, esta grande reunión de unos cincuenta mil entre los que estaban dentro y fuera del Templo. Aunque esta muchedumbre estuviere compuesta de personas de toda condición, indios y blancos, americanos y mexicanos, no pude notar durante todo el día ni una persona poco

comedida, ni un acto de descortesía. La devoción del pueblo fué de veras edificante.” (Pág. 42.)

A las ocho y media de la mañana, el Ilmo. Sr. Alarcón con Capa Magna y acompañado de Canónigos entró en el Templo, y después de breve oración se revistió de los ornamentos pontificales y sentóse bajo el dosel, mientras se ordenaba la entrada de los Ilmos. Prelados. A los pocos minutos después, de la Capilla del Santísimo, puesta al principio de la nave procesional, al lado de la Epístola del Altar Mayor, salió la majestuosa procesión de los Obispos. Estos venerandos Pastores revestidos de alba, estola y capa pluvial, ceñidas las sienas con preciosas mitras, y llevando sus báculos pastorales, recorrieron con paso grave y con semblante lleno de dignidad la nave procesional; siendo los primeros los Obispos de Cuernavaca y de Veracruz, siguiendo después los demás, mezclados unos con otros, nacionales y extranjeros, y por último el Arzobispo de Michoacán. Y entrando en la nave de en medio fueron conducidos por los Maestros de Ceremonias á ocupar cada uno sus respectivos asientos á los pies del trono de la Virgen de los mexicanos. A medida que los Obispos llegaban á los pies de la Virgen, el Arzobispo de México desde el Presbiterio inclinándose respetuosamente la cabeza, parecía como saludarles y darles gracias en nombre de la Soberana Patrona y Madre de los mexicanos. ¡Y pensar que muchos de estos Príncipes de la Iglesia Católica, habían venido de muy lejos, de Quebec y de Panamá, de las remotas Diócesis del Norte y de la Guayana inglesa para rendir su homenaje á la Virgen que se había aparecido á un pobrecito Indio!

¡Qué satisfacción! ¡Qué gloria para nosotros! ¡Cómo rebotaban de júbilo y de un santo orgullo nuestros corazones al ver así honrada á nuestra Madre! Al ver allí mezclados á nuestros Obispos mexicanos con los Obispos de otras naciones, nos recordaba la unidad del místico rebaño del Soberano Pastor, el vínculo de la fraternidad que une á esta gran Familia, como es la Iglesia Católica, y al mismo tiempo, elevando los ojos á la Imagen celestial, no podíamos menos de exclamar: ¡Oh Madre! ¡oh Madre! *Ommes isti venerunt Tibi*; todos estos venerandos Pastores, desde lejos, muy lejos han venido á Ti, han venido por Ti, han venido para Ti. Tú eres el centro común de todos ellos!

Colocados cada uno de los invitados en su asiento, entonóse la